

la Casa Imperial, Arroyo; los Comisarios imperiales y todos los demás mexicanos pertenecientes á la Corte, "era el foco de donde la antorcha de la gloria del Imperio, que estaba á punto de apagarse, debía salir derramando una nueva y esplendorosa luz." Esa reunión, que bien podría llamarse *Club*, trabajaba incesantemente por obtener sus propósitos, y no tardó en tejer una red, cuyas sutiles mallas se extendieron sobre la Capital no menos que por los Departamentos.

"La confianza acordada por Maximiliano al Padre Fischer, que ha reportado más tarde un papel tan funesto, decía Kératry, era deplorable bajo todos aspectos, y sin duda que la religiosidad del soberano se habría sorprendido si hubiese conocido la biografía de este antiguo luterano hecho católico. Agustín Fischer, de origen alemán, se había agregado en 1845 á una partida de colonos que se dirigía á Texas. No habiéndole producido esto resultado, se hizo pasante de notario, y fué á buscar oro á California. Pronto abjuró el antiguo colono su fe de protestante, se ordenó en México, y obtuvo el puesto de Secretario del Obispo de Durango. Despedido muy pronto del Palacio Episcopal por sus costumbres disolutas, fué recogido en Parras, en la casa del Sr. Sánchez Navarro, quien, seducido por las apariencias, lo presentó á Maximiliano. El padre Fischer, que está dotado de una rara inteligencia, no tardó en lograr que se le confiara una misión diplomática cerca del Santo Padre; sin embargo, se estrelló en Roma, y tuvo que volver á México. A pesar de todo, se aumentaba su crédito, y en aquellos momentos la ambición del Secretario imperial no conocía límites, y codiciaba el Obispado de Durango, uno de los beneficios eclesiásticos más opulentos de México. El favor directo del Soberano era un medio seguro de llegar al resultado. Pero la elección de este clérigo, no era la más á propósito para aplacar los espíritus y atraer á los disidentes."<sup>1</sup>

Los trabajos del Padre Fischer obtuvieron un éxito completo para sus combinaciones: logró persuadir á Maximiliano de que el pueblo lo proclamaba, y de que aquella era la ocasión más brillante para que el Imperio resucitase con majestad y esplendor, siempre que consintiera en quedarse y en dejar libre el campo al Ministerio conservador.

<sup>1</sup> Caído el Imperio, el Padre Fischer se retiró á la vida privada, y murió algunos años después, siendo Cura del opulento barrio de San Cosme, perteneciente á la Capital.

Y esas sugerencias recibieron un poderoso impulso por la llegada al país de Miramón y Márquez, el 9 de Noviembre: el primero volvía á México, quizá á trabajar por su cuenta. Joven aún, atrevido y valiente, disfrutando de prestigio entre sus antiguos correligionarios, especialmente entre la clase militar que lo consideraba como á un ídolo; mirando en cercana perspectiva la caída del Imperio, no es extraño que abrigase tales intenciones, aunque todo induce á creer, que de existir éstas, cambiaron á su arribo á la Nación y al encontrar en pie á Maximiliano, que lo recibió cordialmente, con quien se entendió desde luego, y á quien ofreció servir lealmente, como lo atestiguó después muriendo á su lado en el Cerro de las Campanas, no obstante lo ingrato que había sido el Imperio, para con él, que le impuso un destierro disimulado, encomendándole una comisión en la ciudad de Berlin.

Márquez volvía á México llamado por el Archiduque, y su presencia en aquellos momentos era de altísima importancia para el partido conservador, que siempre había visto en él á una de sus principales columnas: lo mismo que su compañero, fué recibido perfectamente bien, é investido con un mando importante, según veremos después.

La llegada de estos dos personajes, y las intrigas y trabajos subterráneos que con una actividad y previsión suma se llevaban á cabo en torno del Archiduque, hicieron que éste, que se hallaba muy mejorado de sus males, volviese al trabajo, abandonase la soledad, y más tranquilo de espíritu, se despertase en él el deseo de ocuparse de la cosa pública.

Convencido de que Castelnau era el alma de las negociaciones, resolvió desenmascararle, para saber cuáles eran las intenciones de la política francesa.

Lares, el Presidente del Consejo, quedó encargado de esta importante comisión, que de pronto no dió el resultado que se deseaba, pues el Enviado contestó ser necesaria la presencia del Mariscal, que era quien estaba autorizado para tratar los negocios. Lares y Arroyo se dirigieron al Cuartel General, adonde los esperaban las tres autoridades francesas; tuvieron una entrevista, y como resultado de ella, los dos Ministros mexicanos redactaron una nota que era el extracto de las explicaciones habidas, y la dirigieron al Mariscal, el 4 de Noviembre.

En ella hicieron constar, que Castelnau había declarado no tener otra misión que la de confirmar las cartas de 15 de Enero y siguientes, en las cuales Napoleón había significado al Archiduque no poder continuar ayudando al Imperio, ni con tropas ni con dinero: que quedando Maximiliano en plena libertad para optar por lo que le conviniese, pedían desde luego se entregaran á la Corona, los arsenales, la artillería, las municiones de guerra, y que se dejase á su entera disposición las tropas mexicanas para emprender las operaciones que el Gobierno nacional juzgase oportunas: que deseaban saber, además, para hacerlo presente al Soberano, cuál sería la época más remota designada para la partida del ejército francés, y qué socorros podría éste prestar al Imperio para la pacificación del país.

Las tres autoridades francesas confirmaron las resoluciones de Napoleón: las fuerzas mexicanas y su material de guerra debían entregarse á los Generales imperialistas, dueños ya de todos los establecimientos militares: las plazas serían entregadas á las autoridades mexicanas, prevenidas en tiempo oportuno de la retirada de los destacamentos franceses, que continuarían protegiendo en las zonas ocupadas por ellos á los funcionarios y á las poblaciones, pero sin emprender expediciones.

Que respecto de las medidas que tomaran en caso de que se retirara el Emperador, éstas tendrían por objeto conservar el orden, el respeto al voto de las poblaciones, lo mismo que el cuidado de los intereses franceses.

No satisfaciendo este lenguaje á Maximiliano, y tratando de provocar una declaración más explícita, redactó una carta, que aunque dirigida al Mariscal, exigía una respuesta colectiva. En ella decía que antes de resolver definitivamente lo que debía hacer para el caso en que su resolución fuera la de abandonar al país, deseaba dejar asegurados ciertos puntos que eran á la vez de estricta justicia, y que le merecían una atención particular.

Pedía en respuesta la remisión de una acta firmada colectivamente por las tres autoridades referidas, y fijaba los puntos en cuestión de la manera siguiente:

1º Que el Gobierno francés hiciera volver á sus respectivos países á los individuos que formaban la legión austro-belga, concediéndoles el transporte y los recursos necesarios para su viaje.

2º Que las autoridades francesas tomaran las disposiciones necesarias para que, á cargo de México, se determinara la suma competente á la concesión de una renta vitalicia á cada uno de los mutilados y de los inválidos de la mencionada legión, en caso de que no bastase para ese donativo el importe de los cañones de ésta, y que eran de la propiedad del Archiduque.

3º Que se mandara pagar, del tesoro mexicano, 10,000 pesos á la Princesa Iturbide, por cuenta de su pensión, é igual cantidad al príncipe Don Salvador del mismo apellido.

4º Que se diera á D. Carlos Sánchez Navarro la cantidad de cuarenta y cinco mil pesos para el pago de deudas de la lista civil, y las sumas necesarias para liquidar las cuentas de la Gran Cancillería.

5º Que la propiedad particular del Archiduque quedaba confiada á la salvaguardia del Mariscal.

Los representantes de Francia acogieron con gusto esta manifestación, aunque tardía, y la cual, según ellos, debía poner término al desorden y al pánico que reinaban en la Capital. Suscribieron de acuerdo á cuanto se les pedía; pero se les deslizó una frase gravísima, pues al concluir la nota, decían "que las sumas provenientes de la venta del mobiliario perteneciente á la lista civil, se dedicarían á su objeto, y en caso de que no bastasen, los infrascritos se esforzarían en obtener que *el deficiente fuera ministrado por el nuevo Gobierno de México.*

La lectura del anterior documento no dejó duda al Archiduque de que la política francesa, después de sacrificarlo impunemente, había separado definitivamente su suerte de la suya, y tomado todas las medidas necesarias para sustituir al Imperio un nuevo orden de cosas.

Su amor propio se sintió herido vivamente, y juzgando que no se hallaba aislado, emprendió desde ese momento una lucha á muerte en contra de las autoridades francesas. El rumor de las negociaciones entabladas por éstos con los jefes republicanos había llegado á su conocimiento, lo mismo que el contenido de la misión Campbell, destinada á Juárez. Sabía, además, según refiere Kératry, que muchos agentes habían sido enviados de Paris para preparar su caída; todo esto lo precipitó para dar término á sus relaciones con la Francia, y teniendo noticia por Miramón del cambio favorable que se había efec-

tuado en los cuerpos del Estado, llamó á éstos á Orizaba para resolver la cuestión, invitando á la vez á Bazaine á una entrevista particular, á fin de discutir y arreglar el establecimiento de un Gobierno firme para proteger los intereses comprometidos.

El Mariscal no aceptó la cita, por consejo de Danó y Castelnau que se opusieron á ello; y el Cuartel General francés recibió de Orizaba el 20 de Noviembre el siguiente despacho telegráfico:

“Gabinete imperial.—Ninguno de los pasos que he dado autoriza á nadie para creer que tengo la intención de abdicar en favor de ningún partido. El llamamiento del Consejo de Estado y de los Ministros se ha hecho precisamente para que unido á ellos, se deposite el poder interino en las manos de aquél á quien corresponda, cuando llegue la hora de abdicar, esperando que el voto de la Nación arregle lo demás. El llamamiento hecho al Mariscal Bazaine no tenía otro objeto que arreglar estos puntos, de acuerdo con el General en jefe del ejército.

“La pretensión de que se reconocerá un Gobierno provisorio por los Estados Unidos, es más que aventurada. ¿Por qué? ¿Quién garantiza ese reconocimiento? ¿Quién irá á solicitarlo? Creo que debo entregar los poderes que he recibido á la misma Nación que me los confió, y dejar las demás cuestiones de origen y de elección de un nuevo Gobierno á la libre voluntad de la Nación.

“Mi único deber consiste en encontrar una Regencia provisoria, mientras que se apele á la Nación y se den los pasos necesarios para convocarla; en fin, buscar una protección para los imperialistas, pero sin mezclarme en cosa alguna en cuanto al resto.—*Maximiliano.*”

Aquí tenemos que llamar la atención de nuestros lectores hacia esta parte tan interesante de nuestra narración, y cuyo asunto traía tan desconcertados á los representantes de la Francia.

En efecto, si se trataba de establecer un nuevo Gobierno, éste requería como principal elemento de vitalidad, ser reconocido por parte de los Estados Unidos; pero como éstos, según hemos visto en las instrucciones dadas á la misión Campbell, habían resuelto definitivamente tratar sólo con el poder que representaba Juárez, el Presidente legítimo, todas las combinaciones aparecían faltas de base, y por lo tanto desafortunadas.

Napoleón, por un punto de amor propio, nada excusable en un di-

plomático que presumía de sabio y entendido, excluyó á Juárez de toda participación en el Gobierno que pudiera establecerse, y escogió en su lugar, á González Ortega, ó á algún otro jefe republicano, con cuyo auxilio creyó salvar la situación; en esa virtud, el parecer de Maximiliano referente á la imposibilidad de que la Unión americana reconociera un Gobierno provisional era exacta, pero de imposible realización su proyecto de nombrar una Regencia, y de convocar á la Nación para que decidiese acerca de un punto, sobre el cual tenía manifestada ya su soberana y libérrima voluntad.

La situación empero había cambiado, y no se podía esperar ya la abdicación del Archiduque: hé aquí lo que había determinado ese cambio.

Lastimado Maximiliano por la política malévola de su *amigo* Napoleón, y animado por los consejos y sugerencias del círculo que presidía el Padre Fischer, no vaciló más: dió su palabra al partido conservador-clerical de que caminaría de acuerdo con él, echándose en sus brazos. Miramón llevó esa noticia á México, al Ministerio y al Consejo de Estado, para estimular el celo de los partidarios de la iglesia, y para tomar las medidas necesarias, á fin de poner en pie un nuevo ejército y reunir desde luego cinco millones de pesos.

Orizaba fué el centro de las negociaciones. Lares y Lacunza, presidentes respectivamente del Ministerio y de los Consejos de Estado, se presentaron á saludar al Archiduque, animándolo á continuar en la brega. El segundo, hombre de aspecto distinguido, de vasta instrucción y conocedor del mundo, hizo mención del punto de honor, atacando á Maximiliano por este flanco: le dijo que la Nación confiaba en él, y recordóle aquellas palabras que había pronunciado un 16 de Septiembre: “*Un verdadero Hapsburgo, no abandona su puesto á la hora del peligro,*” y añadió “que no debía el Emperador retirarse ante un enemigo oculto, sino atacarlo cara á cara y vencer ó morir.”

Estas palabras conmovieron á Maximiliano, quien dijo al Doctor Basch: “Lacunza ha patrocinado admirablemente su causa: había verdadera persuasión en sus palabras.”

Reunidos los Consejos de Estado y abierta la sesión, Lares presentó la siguiente nota de Maximiliano:

“La gravedad de las circunstancias por que está pasando nuestra patria, nos ha persuadido á llamar á nuestro lado á los consejeros de